¿quién le había infundido aquellas disparatadas y exóticas ideas, *arte, gloria,* que no pueden florecer en estos climas? ¿era un caso de atavismo? ¿era un caso esporádico? Tocante á los Montieles de Tucumán, fueron todos, hembras y varones, personas muy serias, que pasaron su tiempo entregadas á las faenas agrícolas y domésticas, sin preocuparse de otros asuntos que los terrenos y humanos; el más ambiciosillo resultó don Nicolás, pero á él nunca le dió por chilindrinas, que bien ganado tenía su haber, á puño y á gritos, no dando tropezones por la vía láctea del ensueño; igual cosa podía decirse de los Mártires bonaerenses: ningún Mártir de esta familia salió de cascos levantados, porque si bien D. Cayetano padecía de cierta inclinación bibliográfica y estaba sujeto á ligeros accesos poéticos, no era caso grave el suyo, y las hermanas de aquella inflamación romántica se vieron curadas apenas pasó la epidemia, es decir, la moda. Artemia fué la esposa y la madre más tranquila del mundo, y misia Bernarda era tan razo-



nable que, al primer zarpazo de los años, no habiendo hallado el novio de su gusto, se hizo solterona resignada, única variedad de la especie que puede sufrirse.

¡No! Aquel Tobi soñador no era ni Mártir ni Montiel por ningún costado; don Nicolás le miraba con la misma sorpresa y el espanto de la gallina que ha empollado palmípedos y les ve de pronto zabullirse en el agua y nadar garbosamente. Si en Nico encontraba todas sus cualidades propias, orgulloso, en Tobi se desconocía á sí mismo y á su raza, entristecido. ¡Niño fatal, infeliz alucinado, miserable peregrino, cuyo destino seguro era el hospicio, un manicomio ó los andrajos de *atorrante*, si Dios no hacía el milagro de sanarle de aquella perturbación cerebral, que le mostraba cosas invisibles para los ojos vulgares, y le mantenía en la desatinada creencia de que el arte sirve para algo más que para matar las horas desocupadas!

En el taller, ¡vamos...! si le entraban ganas de ir á buscarle, y de un guantazo, tan

eficaz como el que derribó el cigarro del Nene, echar á rodar todos los títeres culpables de su vesanía; y luego aplicarle una ducha, y... Porque si es desgracia inmensa nacer mudo, ciego, idiota ó sin piernas, qué no será esto de que un hijo admirablemente constituído, carezca en absoluto del *sentido práctico*, que sirve de guía al espíritu como al cuerpo el del tacto, precioso don que á él, su padre, concediera con largueza la suerte. Con los pies desollados, no se siente la tierra; los que de la imaginación hacen un lazarillo, se elevan, se pierden entre las nubes, se asfixian en el vacío y se derrumban.

¡Ay! aquel Tobi soñador era la pesadilla de su padre; ¡saliera cojo, tuerto, manco... pero con la cholla desequilibrada! ¡Artista su hijo! ¡su hijo artista! La verdad, nunca se creyó él capaz de engendrar artistas, y no se daba entera cuenta de cómo pudo ocurrir el suceso. ¡Figuraos la admiración del que siembra un alcornoque y ve brotar una palmera! ¡Artista! Frutos tales no se dan por



estas tierras, y los escasos que él conocía abortaron antes de llegar á la madurez, ó hubieron de trasplantarse bajo otros climas por no secarse. ¡Artista! ¡Desgraciado Tobi!

Hacia el fondo del pasillo, donde la galería terminaba y aparecían los primeros tramos de una escalerilla vieja y sin pintar, miró don Nicolás con tristeza, á tiempo que bajaba por ella un mocetón mal pergeñado, la blusa de dril y los calzones, y hasta la cara y las manos nada limpios, salpicados de yeso, con las trazas de un obrero; llevaba un cubo del asa, y se sonrió, mostrando los dientes muy blancos bajo los bigotes negrísimos:

—¡Buenos días, papá! ¡Trabajando, trabajando!

Fué á poner el cubo en el grifo de bronce, que lucía como una ascua de oro, lo llenó, cargó con él, y ágilmente subió la escalerilla, volviéndose para sonreir de nuevo al padre y disculparse de su prisa y de su facha con aquella palabra: ¡trabajando! que pronunciaba con alegre tono, y mereció de

don Nicolás este mental comentario, disimulado por un saludito de cabeza protector:

—¡Si á eso llamas tú trabajar! ¿Cuánto te pagan por tus monigotes? ¡nada! ¡qué han de pagarte! ¡lástima de hombre y de tiempo perdido!

Quizás comunicara á la desasosegada Ubaldina tan amarga reflexión, que para ella, como para ninguno de la casa, sabría á nueva y extraña; pero ocurrió que el último de los cornúpetos señorones, que majestuosamente entraban en el patio, y con soberbio desdén iban dejándose encerrar en los respectivos chiqueros, con perdón sea dicho de sus excelencias, ya por tener malas pulgas, ó porque alguno de los gañanes, descomedido, se le fuera á las barbas, atufóse, mugió, resopló, y con la pezuña protestó de tal modo, que Ubaldina la primera, chilló angustiosamente:

—¡Nico! ¡cuidado! ¡ay! mira que va á soltarse.....

No se soltó el noble prócer, y llevado de



las narices como cualquier humano personaje, dejóse encerrar también. Ya los peones se agitaban, barriendo, refrescando el suelo, apartando los muebles que estorbaban, interpelándose mutuamente con agrias palabrotas; y el hedor de cuadra aumentaba y más gris se hacía la luz de la mañana calurosa: el empleadillo vergonzante que garabateaba en la mesa del rincón, veía apenas, y hubo de asilarse en una de las oficinas alumbradas y caldeadas por el gas.

Y en esto, un caballero de amplia levita, chaleco ceremoniosamente escotado y alba pechera, muy lamido el rostro y lustroso como si le hubieran barnizado, la patilla tan mal teñida, que los brochazos se descubrían á la simple vista; en una mano la chistera y en la otra el pañuelo con que enjugaba el sudor de la calva; tieso, sacando el abdómen con elegante afectación de dandy anticuado y no rendido á la adversidad de los años, entró reposadamente en compañía de otro, algo más joven y menos fachendoso.

—Ahí tiene usted á Sangil—cuchicheó Ubaldina—y á D. Salustiano.....

Con presteza, porque no la vieran su desaliño matinal, se apartó de la galería y recomendó al suegro:

—¡Por Dios! diga usted á Nico que no deje de la mano á ese Judas de chicuelo.

—¡Salud!—decía amablemente D. Nicolás desde arriba.—Calorcito tenemos, ¿eh? Ya bajo, ya bajo.

Por la escalera principal descendió, en efecto, con ligereza pasmosa, mientras Ubaldina, penetraba en el comedor, completamente á obscuras por causa de las moscas invasoras, y á tientas iba á sentarse en el sillón de rejilla cercano á la chimenea, donde el tata acostumbraba echar sus sueñitos de digestión; de sobre el mármol cogió una pantalla y se hizo aire, sofocadísima.

La mesa estaba ya tendida, y en la blancura del mantel, que chocaba al punto con los ojos encandilados, el cristal de los vasos y compoteras despedía pálidos chispazos; poco á poco, distinguíase aquí y allá, el



Mercurio del reloj, cuyo dorso desnudo enseñaba descaradamente el espejo, los bastones sin colgaduras, algún jarrón de gusto mediano, marinitas y bodegones de fabricación mecánica, la asamblea de sillas con episcopales respaldares, y por la puerta de la sala, entre los dos balcones, el rojo vivo de una pintura cuya crudeza el tiempo no había logrado disimular: el retrato al óleo de misia Artemia, tan lastimosamente trabajado, que, ó fué el pintor poco hábil para copiar la mentada belleza de la dama, ó mintieron las lenguas que de ella se han hecho. Como siempre que el Nene no andaba enredando cerca, el silencio era conventual en la casa, pues el rumor del Remate apenas percibíase; y Ubaldina, aletargada por el calor, quedára dormida, la ociosa pantalla sobre las rodillas, si de pronto no entra misia Bernarda, y con ella un chorro de luz ofuscador y un escuadrón de moscas: misia Bernarda *destilando agua*, dando suspiros y maltratando el abanico, la bondadosa cara de luna llena encendida

como una cereza, repitiendo:—¡Jesús! ¡esto no se puede sufrir! ¡valiente sofocón! vengo muerta. Cerró, sentóse, se quitó el *varège*, hincando en él los alfileres de cabeza negra, luego de doblarle, se arrancó los mitones, y entretanto iba contando:

—Por supuesto que creerás que lo he visto todo... ¡nada! casi he perecido en las apreturas, ¡y mira que soy yo alta y sé defenderme! Cuando llegué á la iglesia, aquéllo era un incendio... me colé como pude, gané un banco y desde allí... ¡ay! ¡si estoy sin alientos! ¡me bebería el río de la Plata enterito! Dame la pantalla, que mi abanico ha quedado inservible... La ceremonia hermosísima; pero apenas si alcancé á ver á Paulita ¡pobre Paula! ¡qué historia, hija, la suya! ¡qué historia! he llorado recordándola, y en la iglesia todos lloraban... pero ¿dónde está Lucrecia? ¡Lucrecia! ¡¡Lucrecia!!

Al eco de este nombre sonoro, acudió... ¡vamos! ya estarán ustedes pensando que alguna doncella gentilísima, digna de llevarlo, muy rubia, muy blanca y muy... Acudió Lucrecia, digo, una chiquilla negra como la pez, que no parecía sino que el mismo Satanás la había dado una vuelta en las sartenes infernales, de fealdad simiesca, aunque muy pulcra y modosita.



—Ven—dijo la señora—toma, lleva... ¿Había preguntado el señor don Cayetano por ella? ¿No se había sentido molestado por la sofocación? ¿Le dió su chocolate? ¿Lavó el alba sin destrozar los encajes? ¿Puso agua en el lavabo de su alcoba? ¿Tenía preparado todo para la *carbonada*, el lomo, la grasa, la cebolla, el tomate y el *ají* bien picadito?

La chica contestaba:—Si, su mercé... ó No, su mercé... revolviendo diabólicamente el globo blanco de los ojos, como un titi de resorte.

Misia Bernarda la despidió con la recomendación terminante de no traerla el mate:

—Porque ya serán las mil y quinientas ¿verdad, hija?—añadió luego.—Y con esta caminata... Pues, sí, decíamos... que pude

ganar aquel banco; pero si no es por Gracia, que me cedió un lugarcito á su lado...

—¡Ah! ¿estaba Gracia?—preguntó Ubaldina.

—Sí, estaba con Estanislada, y las dos, apenas me vieron nadando, es la palabra, nadando en aquel mar de gente, me hicieron tales telégrafos que allá me fuí, á riesgo de morir aplastada. Y ¡claro! inmediatamente me vino la idea aquélla, lo que hablábamos anoche...

—¿Anoche? ¡Ah! sí... pero, ¡tía! ¿á que ha cometido usted alguna indiscreción?

—No, pero le eché mi indirectita, le dije: Ya está para concluir Tobi su *Ninfa*... Y me pareció que se ponía muy colorada.

—El calor—advirtió riendo la joven—ó su propio deseo de cazar secretos ajenos. Graciana es muy reservada, y no suelta prenda á tres tirones: como ella no quiera, ya tenemos que esperar para saber si la interesan ó no la interesan las *Ninfas* y los suspiros de Tobi.

Hizo la señora con la pantalla un movimiento de impaciencia, que significaba: —Cuando yo lo digo... Y repuso luego:



—Sí, hija, ¡colorada, muy colorada! y recatándose de la madre, ya lo ves, recatándose, me insinuó que vendría muy pronto, antes de marcharse á Las Piedras.

—¿Qué saca usted en limpio de esa promesa, si no pasa semana sin venir? Bonito sería que se marchara á la *estancia* sin despedirse!

—Y que se iba disgustadísima, disgustadísima, ¿has oído? ¿qué necesidad tenía de confesarme semejante cosa? Porque supongo que el disgusto de dejar la capital no será por causa del vejancón de Pozuelo, por un hombre como don Salustiano, que le dobla la edad.

—¿Y por qué suponer que sea por causa de Tobi?

—Tobi es joven, buen mozo, de superior talento.

—¡Ay tía...! En fin, yo me entiendo; amiga íntima de Gracia hace muchos años, amiga desde el colegio, no conozco toda-

vía á estas horas ni lo que siente, ni lo que quiere, ni lo que piensa; rara vez sus palabras y sus actos están acordes, y lo que ha de hacer á nadie previene de antemano: Gracia, una esfinge, dejar sorprender sus impresiones!

—Mucho que cuando aquí viene, no sale del taller del otro, con el pretextito de verle trabajar...

—Sí, señora, sí; pero ¡vaya usted á saber! ¡somos tan raras las mujeres!

—Las del día, hija, las del día—dijo animándose misia Bernarda y dando golpes con la pantalla;—distingamos, distingamos; yo he sido joven y hermosa, según cuenta la fama, y cuidado que me traía al retortero á más de cuatro... ahí tienes á Guerra, que se moría por mí, un ricachón... y jamás engañé á ninguno con palabras ni con gestos; mucha franqueza: hasta aquí y nada más que hasta aquí. Y tan amigos. Nosotras éramos coquetas, pero coquetas de alta escuela; no nos ofrecíamos, dejábamos que nos buscaran... Que progresamos, que hemos progresado enormemente, no lo niego; pero en cuanto á cultura social... doblemos la hoja, porque me sofoco. Voy á beber un poquito de agua.



No consintió Ubaldina que se levantara, y con agua fresca del porrón, vino y dos terrones de azúcar, allí mismo le preparó una sangría gustosísima, que presentó á la tía, diciendo:

—Sí, qué tiempos aquellos, ¿verdad? hace poco ahí estaba lamentándose tata, y recordándolos... ¿No bebe usted más? apenas dos sorbos. ¡Ea, acabe usted!... Sí, tiíta, somos muy raras las mujeres, las del día, convenido: ustedes eran más razonables, más serias, más... mujeres serias, vaya; y como somos hoy tan raras...

—No—interrumpió misia Bernarda enjugándose los labios:—que tú has sido una excepción, y muy honrosa: huérfana desde niña, á cargo de tus tíos de Córdoba, no sé si por el centro en que te criaste, apartada de esto que ahora designamos con un terminacho inglés ridículo, del que nunca me

acuerdo, has salido que ni pintada para Nico; un estuche de virtudes y perfecciones.

—¡Zalamera! Traiga usted el vaso y no me diga eso, que me hará avergonzar de no parecerme á usted todo lo que yo deseara... Pues como somos tan raras, sabe Dios si las coqueterías de Gracia no pasan de un juego inocente, ó lo que nosotros tomamos por un pretexto no es la verdadera causa, su afición á las artes y nada más. Luego, cree usted que una muchacha como Gracia, rica, porque los Sangil gozan fama de ricos, va á poner los ojos en Tobi...

—¡Un buen mozo!—repitió misia Bernarda.

—Convenido, un buen mozo.

—¡Un talentazo, un genio!—volvió á decir misia Bernarda, abanicándose muy deprisa.

—Sí, señora, un genio... pero un genio sin carrera seria, sin porvenir seguro, sin fortuna propia.

—Día vendrá en que Tobi no sabrá qué hacerse con los millones.



—¡Ay! no los conseguirá seguramente por el camino del arte, creando *Ninfas*, más ó menos bonitas, que el público no sabe apreciar. ¡Para creaciones artísticas estamos! Comercio, mucho comercio y más comercio.

—Mira, Ubaldina, en Europa...

—Lo sé, lo tengo oído muchas veces del tío Tano, siempre que él y tata discuten de estas cosas, y no me convence el argumento.

Con los labios designó un gesto desdeñoso, que bien pudiera traducirse como aquel de don Nicolás en la galería, por un ¡lástima de hombre y de tiempo perdido! Y no prestó mayor atención á la andanada de la señora contra los ignorantones de por acá, empeñados en uncir á la carreta del trabajo material y rastrero á todo quisque, en cortar las alas de la inteligencia, en negar el agua y el fuego al que no se avenga á hacer de gañán, en torcer inclinaciones, matar entusiasmos y ahogar la llama inmortal del arte. ¡Y no estaba poco furiosa misia Ber-

narda! De la pantalla quedaron en sus manos los despojos, que al fin arrojó, con estas palabras desconsoladoras:

—Total, hija, que vale más nacer con cuatro patas... Si la Gracianita da en menospreciar á Tobi, peor para ella..... Cuando Tobi muera, tendrá el orgullo de *verse* enterrado con músicas y discursos, y le harán un lucido monumento, señal del mucho aprecio que sus compatriotas le tuvieron. ¡Entretanto, que se harte de hiel, y se aguante y pague el horrible pecado de haber nacido con más fósforo que los demás!

Ubaldina acabó por reirse de las extravagancias de la tía; quien tan pronto hubo redondeado el elocuente parrafito, sin variar de tono y á renglón seguido, anunció que se iba á la cocina, para ver cómo andaban los preparativos de la carbonada. Y efectivamente, se levantó clamando:—¡Lucrecia! ¡Lucrecia! á tiempo que un espantoso estrépito resonaba en la casa; Ubaldina se acordó del Nene, y corrió á la ga-



lería. Era que el caballerito subía arrastrando una lata por la escalera, cargada de clavos y porción de ripios menudos, que arrojó por el pretil al patio, dió en un cristal de la claraboya, y armó un zipizape de mil demonios.

—¡Pillo! ¡fariseo!—dijo la madre enardecida.

De un salto el chicuelo se puso á buen recaudo, y en los brazos de la tía Bernarda halló asilo seguro.

—¡Toma, rico; toma, monín!—susurraba la anciana, urgando en su bolsillo—aquí están los caramelitos prometidos... escóndete, que mamá quiere castigarte.

El Nene estiraba la zarpita para cazar la golosina, espiando desconfiado los movimientos de la madre.

—No, si no voy á castigarte—declaró ella—¿para qué? Que pague el abuelito tus vidrios rotos, que bien empleado le está.

Y como llegara Nico celebrando la travesura y el susto, Ubaldina le empujó hacia el comedor muy irritada:

33651
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Anda y regáñale tú, que más caso ha de hacerte.

Pero la risa se desató sin rebozo alguno, dando al traste con las iras maternales, cuando Nico, fingiendo enojo y engrosando la voz, acercóse á interpelar al culpable; inflados los carrillotes lozanos, las pringosas manitas repletas de anises, almendras y caramelos, mascullando de prisa, como desenfadado ratoncillo, sin mostrar temor ni encogimiento, al papá, que en hacerse el severo se esforzaba, tapó la boca con un baboso confite de aquellos, obsequió á Ubaldina con otro, que él mismo delicadamente dió á probar, y asegurada así la indulgencia del tribunal, sobre las rodillas de la tía fué á sentarse tan gravemente..... ¡Vamos! ¡si era para comérsele! Nico le estrujó á caricias, y la madre y misia Bernarda, y el mocoso se enfadó, tiró sus pataditas, amenazó con un berrenchín superior. Entonces le dejaron asustados; y contemplándole, sus monadas y visajes les hacía tanta gracia, que se embobaban, escuchando con deleite el roer de sus dientecitos ratoniles.



Orgulloso, el papá, que se había sentado en el sillón de rejilla, torturaba los bigotazos, que de los Montieles tucumanos eran rasgo distintivo; y su cara morena, casi amulatada, que los ojos, muy negros, iluminaban, parecía refrescar su habitual expresión de fatiga con aquella sonrisa de padrazo feliz. Tenía Nico la misma pinta de don Nicolás; era un don Nicolás rejuvenecido, desarrugado, sin canas y sin achaques; hasta aquella voz dominadora de corazones y de bolsillos él la poseía, igualmente poderosa, y los mismos ademanes y gestos. Ahora, quejábase del mucho bregar de la semana: ¡diez remates! en seis de los cuales, por ser fuera de la ciudad, tenía él que *llevar el martillo*; fincas rurales y urbanas, ganados, muebles... de ceca en meca, desgañitándose, deslomándose, fatigando el brazo y la laringe, á fuerza de gritar:—¿Cuánto? ¿cuánto? seis, seis, ocho, ocho, ocho, diez, diez, diez, doce... ¿no hay quien dé más? doce, lo vendo en doce,

doce, doce, catorce, catorce, lo vendo en catorce..... y así en todos los tonos, serio, festivo, risueño, enojado, intercalando chascarrillos, tiradas elocuentes, sabias reflexiones, y con el mirar y la voz y el gracejo, manejando *gurupies* y fascinando compradores. Así, por la mañana, por la tarde y por la noche, ya en la casa central, ya en cualquier punto, él acá, el padre allí, ambos echando los bofes, como mulas de alquiler. ¡Qué vida! ¡y qué pan más bien ganado el suyo!

Ubaldina, que mangoneaba sin concierto, fregoteando una copa resplandeciente de limpieza, hacía de lejos á la tía Bernarda signos expresivos:

—¿Qué le parece á usted? ¡esto se llama trabajar, y con provecho! ¿por dónde va á compararse su Tobi de usted, que se pasa los días entre sus figuritas y sus ilusiones, con este Nico de mi alma, un Hércules del trabajo real y positivo? ¿no son más dignas de admiración estas manos amasadoras de nuestro pan, que aquellas que, por amor al



arte, palpando el yeso, se olvidan del estómago? figúrese usted si de ellas esperásemos el sustento! ¡como no nos diera á comer bollos de tierra cocida!

Y misia Bernarda, que entendía este lenguaje, por no dar el vuelto, se levantó y marchóse, pretextando que había oído el golpear impaciente de las muletas del hermano.

Lo que en realidad se oía, á pesar de la puerta cerrada, era el rumor creciente del Remate; las voces de los peones, el mugir de los nobles pupilos, y otra vez los crugidos de la escalerilla interior y el chorro del grifo, acompañado del más persistente y cercano, el de los dientecitos del Nene goloso.